

AGUIRRE, Rafael (ed.). *Así vivían los primeros cristianos. Evolución de las prácticas y de las creencias en el cristianismo de los orígenes*; (Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino, 2017), 414 pp.

La investigación de los orígenes del cristianismo requiere no sólo de un profundo conocimiento de las fuentes bíblicas y patrísticas sino, también, de un conocimiento del contexto histórico y de los principios teológicos que inundan esos textos. Todo esto puede encontrarse en el libro que aquí reseñamos, editado por el catedrático emérito de Teología de la Universidad de Deusto, Rafael Aguirre Monasterio. Un estudio novedoso que ofrece una visión diferente sobre el origen de las prácticas y de las creencias de la nueva religión cristiana, así como de aquellos elementos que la permitieron diferenciarse del resto de las religiones del ámbito Mediterráneo con el consecuente protagonismo que ganará en los siguientes siglos.

La propia estructura del libro pretende ofrecer un original enfoque al presentarnos en primer lugar el estudio de las experiencias religiosas, seguido del de los ritos, las prácticas de vida y, finalmente, las creencias con la intención de poner de manifiesto que estas últimas son resultado de un prolongado y plural proceso de evolución, desde mediados del siglo I hasta el siglo II, de los elementos prácticos de las religiones como son las experiencias, los ritos y las prácticas rituales.

La breve introducción de la obra pretende aclarar precisamente este punto del que parte la investigación de sus autores, los cuales conforman el grupo de investigación *Orígenes del Cristianismo*¹. También se aclara que el fundamento de la obra es eminentemente histórico pero que incorpora una lectura teológica de los ritos, prácticas y creencias del primitivo cristianismo, lo cual lo hace especialmente interesante.

El libro, entonces, se divide en un total de cuatro partes con dos capítulos cada una. La primera parte, dedicada a las denominadas por sus autores “experiencias extraordinarias”, recoge, en primer lugar, la contribución de Esther Miquel Pericás que define este concepto de “experiencias extraordinarias”, como puedan ser las visiones extáticas, a partir de los estudios que la psicología y la neurobiología vienen realizando en los últimos años y propone que estas experiencias,

¹ Para más información sobre el grupo de investigación ver: <https://www.origenesdelcristianismo.com/index.php/es/>

admitida su plausibilidad histórica, pudieron ser causa para que aquellos discípulos de Jesús trataran de buscar una explicación a estos fenómenos que estaban sufriendo. Como ejemplo que verifique su hipótesis, se sirve del estudio sobre la resurrección de Jesús, ofreciendo como esquema comparativo el modelo griego de resurrección, y la actividad del bautismo en las primeras comunidades como elemento que favorecía la preparación ritual del iniciado.

Carlos Gil Arbiol presta atención al impacto que tuvo entre los primeros cristianos la muerte de Jesús, que se revela como un asunto persistente en los textos neotestamentarios con constantes referencias a ello, hasta el punto de que, en los principales rituales del cristianismo, como el bautismo y la eucaristía, estaba muy presente también el suceso de la muerte de Jesús. Así pues, parece que los escritos posteriores a estos ritos tratarían de explicar y, de alguna forma superar, el trauma de esa muerte de Jesús vista en un principio como un auténtico fracaso. Es así como, según Carlos Gil, aparecieron en los textos neotestamentarios las referencias soteriológicas que traerán consigo novedades teológicas y sociales en la interpretación de la muerte del considerado como Mesías.

La segunda parte de la obra se dedica a la consecuencia más inmediata de estas experiencias, los ritos. David Álvarez Cineira orienta el estudio del bautismo entendiéndolo como un rito de iniciación y a la vez de transformación, para lo cual ofrece un pormenorizado estudio de las fuentes eclesíásticas tratando, en primer término, la problemática cuestión de la génesis del bautismo y, en segundo término, concluyendo que fue una adopción cristiana de la forma ritual de Juan Bautista; en consecuencia, un rito con una orientación eminentemente judía hasta que el cristianismo se abrió a las comunidades gentiles. David Álvarez llama la atención sobre las escasas referencias que el Nuevo Testamento ofrece sobre las características del rito y resalta el papel de Pablo de Tarso en la transformación del bautismo que dejaba de ser un ritual de renovación, tal y como se entendía en el judaísmo, para ser un ritual de incorporación de los no judíos bajo una dimensión cristológica. No es hasta la literatura eclesíastica oficial donde, según el autor, encontramos algunas narraciones más precisas sobre los pasos que conformaban el ritual. A lo largo del capítulo, se pone de manifiesto el papel del bautismo cristiano como rito de adquisición de una nueva identidad y como elemento de ruptura con el orden social establecido, ya que al

incorporarse a la comunidad cristiana suponía la creación de nuevas relaciones sociales y una ruptura parcial con los lazos familiares.

Finalmente, Rafael Aguirre aborda el estudio de las comidas eucarísticas contextualizando, primeramente, el significado de los banquetes y las comidas comunitarias en el mundo grecorromano y judío y tratando, después, las referencias paulinas donde se pone de manifiesto que la intención de estas comidas era crear lazos de fraternidad entre sus miembros e incide en que no existe en los textos neotestamentarios una explícita referencia al origen de la eucaristía como recuerdo de la Última Cena. Tampoco en los escritos del siglo II, según Rafael Aguirre, aparece tal institucionalización y significado teológico de las comidas eucarísticas. Según el autor, por tanto, son los escritos del siglo III en adelante los que así lo establecieron.

La tercera parte trata sobre las prácticas de vida. Carmen Bernabé Ubieta incide sobre su papel como elemento conformante de la identidad cristiana, estableciendo una útil diferenciación entre “modos de vida” y “estilos de vida”. La autora centra este tema sobre el cuidado de los sectores más vulnerables de la sociedad romana: las viudas, huérfanos, extranjeros, prisioneros e infantes. Carmen Bernabé observa que las viudas, huérfanos y esclavos una vez incluidos en la comunidad cristiana pasaban a ser un sostén importante de la misma en su actividad benefactora, lo que la autora denomina como proceso de “resocialización”. El otro aspecto estudiado es el tratamiento del dinero y su orientación hacia la limosna y un fondo común para atender a los pobres y necesitados. Leif E. Vaage, por su parte, ofrece una novedosa visión sobre el papel del ascetismo en los orígenes del cristianismo, entendiéndolo como un aspecto constituyente más del mismo cuya definición debe atenderse no tanto a una práctica social y de vida como a una auténtica forma de educación del hombre, una disciplina, para conseguir alcanzar una vida feliz y plena en este mundo, sin tener que esperar a la segunda venida de Cristo. Por tanto, el fundamento del ascetismo no sería tanto el estilo de vida como el “vivir al revés” de la norma sociopolítica impuesta, buscando un goce más allá del disfrute común y tratando de alcanzar una “experiencia extraordinaria” para situarse en otra realidad.

La cuarta y última parte de la obra está dedicada a lo que los autores consideran como el elemento final de esta evolución del cristianismo

primitivo: la constitución de las creencias elementales que conformaran la teología necesaria para explicar y fundamentar esas experiencias y prácticas previas. El capítulo de Santiago Guijarro Oporto se centra en las creencias del siglo I señalando cómo éstas, todavía, se encontraban en una fase embrionaria e indicando cuáles eran las principales que compusieron la nueva fe cristiana como fue el elemento cristológico, la redefinición de la esperanza escatológica y la redefinición de la imagen de Dios, lo que suponía una modificación sustancial del monoteísmo judío. El último capítulo corresponde a Fernando Rivas Rebaque que trata de poner de manifiesto la pluralidad de las creencias cristianas en el siglo II a través de diferentes corrientes interpretativas como las de influencia judeocristiana, la representada por Ignacio de Antioquía o Justino, así como las tendencias gnósticas y la cristología popular, evidenciada a través de los textos apócrifos. El autor observa cómo las teologías de todas estas corrientes pivotaban en torno a las relaciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, aunque faltarían varios siglos hasta que se formulara el principio trinitario por lo que para Fernando Rivas estos modelos seguían esquemas esencialmente binarios de Padre-Hijo en donde se trataba de acomodar el papel del Espíritu Santo.

Esta obra es, en consecuencia, un competente estudio que ofrece una novedosa visión de conjunto sobre los dos primeros siglos del cristianismo resaltando, especialmente, esa variedad de ritos, prácticas y de creencias que lo caracterizaron, aportando no sólo una visión histórica sino también teológica que ayuda a una mejor comprensión del significado religioso de estos elementos. El libro ofrece, también en este sentido, una interesante metodología para estudiar la formación de otras religiones en sus prácticas y creencias.

FERNANDO BLANCO ROBLES
Universidad de Valladolid